

## Estrépito y resplandor

Como se sabe, yo soy uno de los trescientos dos supervivientes de Madrid, ciudad que en el momento de la explosión contaba —según el último censo— con 3.324.403 habitantes. Mi foto ha circulado profusamente; no voy a insistir en ello.

Lo que sí me divierte recordar ahora —en que la vida se me apaga por causa de las radiaciones y no tengo otro placer que mis recuerdos— es una anécdota que me sucedió pocos días después de la catástrofe. Lo cuento como cosa pintoresca y en cierto modo cómica, pues es verdad que el humor es una planta extraña que surge hasta en las situaciones más trágicas y catastróficas.

Cuando yo volví en mí estaba en un improvisado hospital que había montado en Vitoria la Cruz Roja Suiza. En la cama de al lado dormitaba un señor cuyo aspecto resultaba un poco extraño por causa de algunos aparatos empleados en su tratamiento, entre los que recuerdo el balón de oxígeno, el manómetro, unas gafas negras —luego supe que había perdido los ojos (no sólo la vista, entiéndase, sino también los órganos visuales)— y la pinza metálica en que terminaba su antebrazo derecho (el brazo izquierdo lo había perdido como consecuencia de la explosión; luego me enteré de que seguía viviendo gracias a un corazón electrónico). En este conjunto, una cosa me hizo gracia; en su boca brillaba un diente de oro. Pero no se trata de eso.

Yo no podía moverme, pues, como se sabe, había perdido los brazos y las piernas; soy una cabeza (completamente calva como consecuencia de la intensa radiación que sufrí) y un tronco, en el que también faltan, no me avergüenza decirlo, los órganos genitales. Así, pues, sin moverme, hice un comentario en voz alta, por si mi vecino quería conversar un poco para distraernos.

—Cuando yo oí el estrépito —dije— estaba en el parque del Oeste leyendo tranquilamente una novela. Era una mañana deliciosa. ¡Quién me iba a decir que se avecinaba una cosa tan horrible!

—¿Qué estrépito? —oí la voz ronca y metálica de mi vecino; evidentemente le habían hecho una traqueotomía o algo parecido (soy profano en la materia), pues la voz salía a través de un orificio de la garganta; luego me enteré de que defecaba por un ano artificial que era una especie de tubo elástico directamente enchufado a una cloaca.

Me extrañaron sus palabras.

—El estrépito de la bomba —dije malhumoradamente—. ¿Qué estrépito va a ser?

Hubo un silencio molesto.

—Yo vivía —dijo él roncamente— en las Ventas del Espíritu Santo.

—¿Qué quiere decir con eso? —le interrogué.

—Era limpiabotas —suspiró, y del agujero de su garganta se escapó, silbante, un leve ronquido.

—¿Y?

—Había ido a los pinos de Canillejas esa mañana cuando, de pronto, me cegó el resplandor —musitó el vecino, cuya desmedrada vitalidad se advertía en el esfuerzo que le costaba dialogar conmigo.

—¿El resplandor? ¿De qué? —le pregunté con cierta insolencia.

—De la bomba —me contestó sin inmutarse, con un chasquido desagradable.

—Se hizo una oscuridad absoluta —le expliqué, paciente— al tiempo que se oía el enorme ruido de la explosión atómica.

—¡Un resplandor enorme —me replicó con ira— y un perfecto silencio! Eso fue lo extraño: que todo empezó a vacilar sin que se oyera ruido alguno.

Creí que se burlaba de mí o que su cerebro también había sido afectado por la bomba.

Esta es, en suma, la pintoresca anécdota. Como se ve, su carácter cómico estriba en que ni mi vecino ni yo, en aquellos momentos, sabíamos que las dimensiones y diferencias de las longitudes de onda (sonora y luminosa) ocasionan ese fenómeno (que —según he sabido después ya fue observado de modo parecido en Hiroshima)

de que en los lugares más próximos al lugar en que cae la bomba —en este caso, fue Torrejón de Ardoz— se percibe un silencioso resplandor, mientras que, a partir de cierto radio, se siente un gran estrépito y caen sobre el mundo las tinieblas. Nuestra ignorancia produjo esta cómica situación que hoy me he complacido en recordar y que no tuvo peores consecuencias porque ni él ni yo —permítaseme que termine con esta chistosa frase— podíamos, por razón de nuestras mutilaciones, llegar a las manos.